

CAPITULO XXXI.

Arroja Felipe los demonios, aparece á los ausentes y resucita un muerto.



SIN embargo de que repugnó siempre á nuestro santo todo lo que pudiese granjearle la estimacion de los hombres, se vió no obstante algunas veces obligado á obrar prodigios que indicaron manifiestamente el poder que el Cielo le dispensaba. Confirman los hechos lo que acabo de decir. Le trajeron de la Campaña á una jóven llamada Catarina, para que la librase con sus oraciones de un demonio que la poseia. Esta posesion se manifestaba de un modo que no dejaba lugar á la duda: porque aquella muger á pesar de no tener ningunos principios, se esplicaba fácilmente en griego y en latin: y eran

tales sus fuerzas físicas, que no la podian contener muchos hombres de completa robustez. Cuando el santo mandó que se la llevasen, ella lo supo á pesar de su ausencia, y decia: “Ese padre manda que me lleven;” huyó al momento, y se fué á ocultar en el mas secreto rincon de la hospedería, siendo necesario conducirla por medio de la violencia á la iglesia. No necesitó nuestro santo de ocurrir á los exorcismos para librar aquella muger. Hizo llevarla á la iglesia de San Juan de los Florentinos, y se puso en oracion. Esto fué lo bastante para que el tirano que oprimia aquella infeliz, huyése y la dejase libre para siempre.

Lucrecia Cotta padecía ya, despues del largo espacio de ocho años, un maleficio que causaba lastima el verla. Unas veces volteaba sus ojos de un modo espantoso, y otras quedaba ciega completamente. Experimentaba tambien unas convulsiones tan terribles, que no eran suficientes á contenerla muchas mugeres juntas. No comia ni dormia, y estas privaciones unidas á sus sufrimientos, la habian reducido á un estado de marasmo, que mas bien parecia un espectro que una muger. En esta extremidad, se hizo llevar á la iglesia del Oratorio, para llamar á Felipe y suplicarle la confesase. El santo no pudo ménos que compadecerse de ella, al ver la miseria de su estado; pero esta compasion fué mucho mayor luego que oyó la relacion de sus padecimientos.

Lleno de lástima, para con aquella muger, le tocó con una mano los ojos, y con la otra el corazón. Este sanó al momento, pero pareció aumentarse el mal de los ojos; porque la muger exclamó: “¡Ay padre mio! ya no veo absolutamente; me habeis cegado.—Tened una poca de paciencia, hija mía, le respondió el santo, y vuestros ojos volverán á ver la luz.” En efecto, una hora después se verificó el milagro tan perfectamente, que desde entonces gozó de una vista perfecta.

Poseía el demonio á una muger de Ausbourg, y la trajeron sus deudos á Roma, á donde se encontraba su obispo el cardenal Ottontruchsz, quien la hizo llevar á la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, y ordenó que la exorcizasen en presencia de Felipe, y de algunos otros de sus padres. Mandó el prelado descubrir el sagrado Leño de la verdadera cruz, y luego que le vió la energúmena se sintió atormentada horriblemente, creyendo todos los que la observaban, que el demonio iba ya á dejarla; pero se quedó como siempre, sin que hiciesen efecto alguno los exorcismos. Recurrió entonces el cardenal á nuestro santo, y le rogó se compadeciese de aquella miserable. Este comenzó por decir en alta voz, que aquella muger no se hallaba aún libre, á causa de la incredulidad de uno de los asistentes. En seguida se dirigió al demonio, y le obligó á que declarase el día en que debía de salir de aquella muger. Obedeció aquel monstruo, y dijo en alta voz que saldría tal

día. En efecto, llegado este plazo, fué la muger á la iglesia de Santa María de los Mártires, y allí se vió libre del demonio, el cual no volvió ya á molestarla. Es de presumirse que tal sería la orden que le dió nuestro santo en lo privado, huyendo del honor que debía traerle este golpe de autoridad.

Entró un día Felipe á la Basílica de Letrán, para venerar las sagradas cabezas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y oyó cerca de sí los ahullidos de un energúmeno. Dirigióse inmediatamente á él, le tomó de los cabellos, y le escupió el rostro, diciéndole: “¿No me conoces tú?—¡Ay de mí! Sí te conozco, tú eres quien siempre me aflige.” Al mismo tiempo cayó en tierra el poseso y permaneció por algunos instantes como muerto. Quedaba ya libre del tirano, sin duda alguna por orden de nuestro santo, quien al ver que acudía una multitud, huyó prontamente y se fué á ocultar á su morada, para escapar de sus aplausos.

Era tal su imperio contra los espíritus malignos, que cuando éstos impedían á sus pobres víctimas confesar y comulgar, bastaba una orden suya para que cesase esa oposicion. Puedo probarlo con algunos ejemplos. Se presentó un día á la sagrada mesa en la iglesia del Oratorio, una muger poseída, y cuando llegó su vez de comulgar, se resistía á recibir la sagrada forma. Felipe que estaba confesando no lejos de allí, supo por revelacion lo que pasaba, y se fué al comulgatorio, y

puso su mano sobre la cabeza de la muger. No fué menester mas para que cesase aquella repugnancia y la muger comulgara devotamente. Otra vez la llevó uno de sus parientes á confesarse con el santo, quien avisado de ello por el sacristan, se negó á bajar á la iglesia, diciendo: “¿Qué quereis que haga yo con esa pobre poseída? decidle que se vaya.” Luego, movido de compasion, mudó de parecer y dijo: “Pero no, que me aguarde.” Luego que aquella muger se acercó al confesonario, se puso á temblar y fué necesario llevarla á él á viva fuerza. Entónces le dijo Felipe con una voz dulce y animosa: “Venid, hija mia, venid á confesar á Jesucristo.” Al momento se arrodilló, hizo su confesion, acercándose en seguida á la sagrada mesa, donde recibió la comunión de mano del santo con una tranquilidad que admiró á los asistentes.

Nada era mas insoportable al demonio, que verse obligado á obedecer á este grande hombre, y de aquí es que manifestaba la mas viva indignacion, cuando le trataba de una manera despreciativa. Uno de los padres del Oratorio estaba exorcizando un dia á un energúmeno, y no parecía sino que el demonio se burlaba de su autoridad. Estaba presente Felipe, y mandó azotar á ese espíritu soberbio en las espaldas de su víctima. Ultrajado el demonio con esta afrenta, se le apareció al santo la noche siguiente, y le amenazó de un modo terrible por haberle tratado tan

vil y afrentosamente. No le incomodaba ménos ver que se servia de sus discípulos para arrojarlo, en lugar de hacerlo él mismo, y procuraba vengarse de ellos, siempre que podia. Hé aquí un ejemplo. Uno de ellos, despues de haber exorcizado cierta ocasion á un energúmeno, quiso clavar un clavo en un lugar elevado, y el demonio sacudió el banco sobre que habia subido, y le hizo caer en tierra: mas el jóven se levantó bueno y sano, con gran disgusto de su enemigo, que se quejó por boca del energúmeno de no haberlo podido matar.

Aun era del número de los vivientes Felipe, y ya se apareció á muchos de sus amigos ausentes, bajo una forma visible, cuando tenian necesidad de su asistencia. Uno de los padres á quienes habia encargado el cuidado de Ballicella, mientras él permanecía en San Gerónimo, estaba sumamente disgustado, porque le parecía no desempeñar bien su empleo. Se acostó una noche con el corazon lleno de amargura, y durante mucho tiempo le fué imposible dormirse. La puerta de su cuarto estaba cerrada, asegurada interiormente con un pasador de hierro; y con sorpresa suya la vió abrirse repentinamente, y entrar por ella á su bienaventurado padre, que acercándose á su lecho le preguntó cómo se hallaba. “Mi cuerpo está bueno, le respondió, pero no está así mi alma.” Felipe entónces le bendijo, diciéndole al mismo tiempo: “La paz sea con vos.” Y desa-

pareció en seguida, dejándole completamente libre de su turbacion.

Uno de sus discípulos jóvenes, le manifestó un día, que queria ir á Nápoles por mar. “No soy de esa opinion, respondió el santo; porque veo, y podeis creerme ciertamente, que este viaje os será funesto.” Sin embargo, no pudiendo resistir el jóven á sus deseos, se puso en camino, y al llegar á no sé qué puerto, se embarcó en un navío que levó ancla al momento. El mar estaba sereno, el viento favorable, y los corazones todos rebotaban de alegría; pero no duró esto mucho tiempo; porque un corsario turco que los llegó á percibir, les dió caza, y los puso en tal apuro que se vieron obligados á arrojarse al mar, para escapar de la esclavitud y quizá de la muerte. No estaba muy distante la rivera para unos hábiles nadadores; pero nuestro jóven imprudente nadaba muy mal; y viendo que se le agotaban las fuerzas y que estaba próximo á ahogarse, se acordó de su desobediencia, y la lloró en la amargura de su corazón, implorando en aquel lance crítico, el socorro de su buen padre. ¡Cosa admirable! se le aparece Felipe al instante, le consuela con sus dulces palabras, le toma de la mano y le conduce á la rivera, donde desaparece á sus ojos.

Volvia de Egipto para Italia Marcelo Ferri, en un buque mercante, que á la altura de la isla de Chipre, fué hecho presa de unos piratas. Al momento aquellos ladrones echaron cadenas á todos

los hombres que venian á bordo. Espantado Marcelo á vista de los grillos y esposas, imploró el auxilio de Felipe. Al instante mismo le pareció verlo y oír que le decía: “Confiad en Dios, no os encadenarán.” En efecto, luego que llegaron á él, el capitán del navio cristiano intercedió por él, alegando su corta edad; y los piratas, contra su costumbre, le dejaron en libertad. Vuelto ya á Roma, supo por sus amigos, que en el momento en que imploraba el socorro del santo, este dijo á sus discípulos: “Marcelo Ferri está en peligro; hagamos oracion por él.”

Constancio de Drago recibió una injuria de uno de sus parientes, y concibió contra él un odio tan profundo, que de dia en dia se aumentaba mas y mas. Dormia una noche, y sintió una mano que le sacudía con fuerza. Recordó sobresaltado, y oyó la voz de Felipe que le decía: “¿Cuándo perdonareis á vuestro enemigo?” Luego que amaneció se fué á confesar con nuestro santo, y despues le contó lo que le habia pasado; pero él se quedó callado y le despidió.

Cayó enfermo César Baronio, en la casa de los Florentinos, cuando aún Felipe vivía en San Gerónimo. Desauiciado de los médicos, se le administraron los últimos sacramentos, y no le quedaba ya mas que un ligero soplo de vida. Estando un rato como aletargado, vió á su bienaventurado padre arrodillado á los piés de Jesus y de María, y oyó que le decía á aquel adorable due-

ño: “Señor, César es mi hijo, no os lo lleveis, dejadme aún. Yo quiero y espero esto de vuestra bondad.” Habiendo sido la respuesta de nuestro Salvador negativa, se volvió á María y le suplicó intercediese por su causa con su divino Hijo. Hízolo así la Señora, y su Hijo querido, respondió con una demostracion favorable, que no se escapó á la atencion del enfermo, no dejándole ninguna duda de su curacion. Cuando á la mañana siguiente vino á verle Felipe, le habló el enfermo de esta vision, y le manifestó su justo reconocimiento. “Es peligroso, le respondió el santo, fiar en sueños. Entregaos completamente á la voluntad de Dios.” Baronio conservó su fé y no se engañó; porque desde aquel mismo dia se sintió mejor, y no tardó en sanar completamente. Paso en silencio otros hechos semejantes, para dar lugar á otros que probarán todavía mejor el admirable poder sobre la muerte que Dios habia dado á éste hombre singular.

Fabricio Massimi habia tenido ya cinco hijas de su matrimonio; deseaba en extremo tener un hijo, y varias veces habia suplicado á Felipe le consiguiese esta gracia del Cielo. Cuando su muger estuvo á punto de parir nuevamente, fué á rogar al santo se interesase con Dios para que su esposa saliera con bien de aquel cuidado. Felipe se recogió por un momento, y le dijo: “En esta vez os dará nuestro Señor un hijo varon; permitiéndme que yo diga como se ha de llamar.” Fa-

abricio prometió darle el nombre que el santo le ordenase; y este le indicó el del apóstol San Pablo. Volvía para su casa, y en el camino encontró á un criado que venia á avisarle que su esposa acababa de dar á luz un niño. Fabricio se apresuró á hacerle bautizar, y fiel á su compromiso, le llamó Pablo. Al llegar este niño á la edad de catorce años fué atacado de una fiebre violenta, que le atormentó por sesenta y cinco dias. Era esto mucho ciertamente para un niño de tan corta edad, y sin embargo, sufrió con una paciencia tan inalterable, que preguntado por su confesor si quería mejor ir al cielo que padecer, contestó, que no quería otra cosa, sino lo que fuera del agrado de Dios. El mal iba siempre en aumento, y ya fué necesario administrarle los últimos sacramentos, por temor de que fuera á morir de un momento á otro. Sabedor Felipe de su gráve estado, fué á visitarlo y dijo cuando salió á los que lo cuidaban, que quería que le avisaran cuando estuviese ya próximo á morir. Pasó aquella noche con un poco de sosiego; pero á la mañana siguiente comenzó á agonizar, y sus deudos, obsequiando los deseos de Felipe, le mandaron á avisar de su situacion. Estaba entónces diciendo misa, y mientras murió el niño. Media hora despues entraba Felipe á la casa, sin saber lo que habia sucedido. Salió Fabricio á recibirle y le manifestó, deshecho en llanto, que ya su hijo habia espirado. No obstante esta noticia, el santo entró al cuarto en don-

de yacía el cadaver; se arrodilló á sus pies, y estuvo en oracion un largo rato; en seguida lo roció con agua bendita, le echó una poca en la boca y poniéndole la mano sobre la frente, le llamó dos veces con una voz clara y distinta: Pablo, Pablo. El niño, como si despertara de un profundo sueño, abrió los ojos y dijo: “Padre mio, yo quisiera confesaros una falta.” Salieron fuera todos los presentes y el padre lo confesó. Concluida la confesion, volvió á entrar la familia al cuarto, y fué testigo durante media hora, de la conversacion del Taumaturgo con su resucitado. Felipe hablaba al niño de su madre Lavinia y de una de sus hermanas que el Cielo habia arrebatado de la tierra; y el niño respondia con una voz firme y pronta, estando su rostro animado como el de un hombre completamente sano. Preguntóle el santo, si quería irse al cielo á juntarse con su madre y hermana: y respondiéndole que sí, le dijo: “Pues bien, id en hora buena, y rogad á Dios por mí.” Cerró Pablo los ojos, y espiró nuevamente en presencia de su padre, de su madre política, de dos de sus hermanas, de una criada, y de algunos amigos de la familia.

Bastaría ciertamente este solo hecho para probar el poder que tenia nuestro santo sobre la muerte; mas sin embargo, referiré otro no ménos admirable. Padeció una dilatada enfermedad una de las señoras principales de Roma, y Felipe iba á verla diariamente. En una de sus visitas la en-

contró sumamente grave; y se puso á animarla y consolarla como si no hubiera de morir aquella vez. Parecia que tenia intencion de sanarla con sus oraciones; pero al irse, se detuvo repentinamente y dijo á los que le acompañaban: “Me siento impulsado de volver á ver á la enferma, y es preciso que así lo haga.” Volvió á entrar al cuarto de la señora y puso la mano sobre su cabeza diciendo: “Yo te mando, ¡ó alma! en nombre de Dios, que salgas al instante de la prision de este cuerpo.” Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando la señora dejó de existir. Admirados sus compañeros le preguntaron, al volver á casa, el motivo de lo que habia hecho. “Supe, respondió, que habia de asaltarle una grave tentacion á la que no habia de resistir; y por esto supliqué á Dios la librase de ella por medio de una muerte pronta, y su magestad se dignó escucharme.”

